

Psicosis

Robert Bloch

Traducción de Ester Mendía Picazo



Título original: *Psycho*
Primera edición

© Robert Bloch, 1959

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-562-2 Depósito legal: B-6168-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a

informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

El diez por ciento de este libro está dedicado a Harry Altshuler, que ha hecho el noventa por ciento del trabajo.

Norman Bates oyó el ruido y se sobresaltó.

Sonó como si alguien estuviera golpeando los cristales de la ventana.

Alzó la vista, apresuradamente, casi dispuesto a levantarse, y el libro se le resbaló de las manos para ir a caer en su amplio regazo. Entonces se dio cuenta de que el sonido no era más que la lluvia. La lluvia de última hora de la tarde azotando la ventana del salón.

No se había percatado de la llegada de la lluvia, ni del crepúsculo, pero el salón ya estaba bastante oscuro y alargó la mano para encender la lámpara antes de continuar con su lectura.

Era una de esas anticuadas lámparas de mesa, con una pantalla ornamentada y flecos de cristal. Madre la tenía desde que él tenía uso de razón y se negaba a deshacerse de ella. A Norman no le importaba en realidad; llevaba en esa casa los cuarenta años de su vida y había algo que resultaba bastante agradable y reconfortante en el hecho de estar rodeado de cosas familiares. Allí todo estaba y era ordenado; los cambios solo se producían en el exterior. Y la mayoría de los cambios albergaban una amenaza potencial. Imaginemos, por ejemplo, que hubiera estado toda la tarde paseando. Se habría encontrado

en alguna solitaria carretera secundaria o incluso en los pantanos cuando comenzó a llover y entonces, ¿qué habría pasado? Se habría calado hasta los huesos y habría tenido que llegar tambaleándose en la oscuridad hasta casa. En una circunstancia así uno podía morir de frío y además, ¿quién quería estar fuera en la oscuridad? Era mucho más agradable estar allí metido, en el salón, bajo la luz de la lámpara y en compañía de un buen libro.

La luz brilló sobre su regordeta cara, se reflejó en sus gafas sin montura y bañó el tono rosado de su cuero cabelludo, cubierto por un pelo rubio rojizo que estaba empezando a ralear, cuando inclinó la cabeza para seguir leyendo.

Era un libro verdaderamente fascinante; con razón no se había dado cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo. Era *El imperio de los Incas*, de Victor W. von Hagen, y Norman nunca había encontrado tanta abundancia de curiosa información, como por ejemplo, esa descripción de la *cachua*, o la danza de la victoria, en la que los guerreros formaban un gran círculo y se movían y se retorcían como una serpiente. Leyó:

El redoble se efectuaba en lo que había sido el cuerpo de un enemigo; se le había arrancado la piel y se le había estirado el vientre para formar un tambor, y todo el cuerpo actuaba como una caja acústica mientras de la boca salían unos sonidos vibrantes; grotesco, pero efectivo.¹

Norman sonrió y después se permitió el lujo de un agradable escalofrío. «Grotesco, pero efectivo.» ¡Sin duda

¹N.: Reproducido con permiso del autor.

tenía que haberlo sido! ¡Desollar a un hombre, vivo probablemente, y luego estirarle la tripa para usarla como tambor! ¿Cómo lo hacían? ¿Cómo podían conservar la carne del cadáver para evitar que se descompusiera? Y en cualquier caso, ¿qué clase de mentalidad se necesitaba para concebir semejante idea?

No era el pensamiento más agradable del mundo, pero cuando Norman entrecerró los ojos, pudo visualizar la escena: esa multitud de guerreros pintados y desnudos serpenteando y balanceándose al unísono bajo un cielo salvaje y bañado por el sol, y el viejo brujo de cuclillas ante ellos, marcando un ritmo incesante sobre el vientre hinchado y dilatado de un cadáver. La boca, contraída en una mueca, y probablemente fijada con huesos a modo de pinzas, estaría abierta y de ella surgiría el sonido; resonando desde el estómago, subiendo por los orificios internos consumidos, pasando por la mustia tráquea para salir amplificado y con fuerza de la garganta muerta.

Durante un momento, Norman pudo casi oírlo y entonces recordó que la lluvia también tiene su propio ritmo, al igual que las pisadas...

Lo cierto es que se percató de las pisadas sin ni siquiera oír las; la familiaridad ayudaba a sus sentidos siempre que madre entraba en la habitación. Ni siquiera tenía que alzar la vista para saber que estaba allí.

Y de hecho no miró, sino que fingió seguir leyendo. Madre había estado durmiendo en su dormitorio, y sabía lo gruñona que podía ponerse recién levantada. Por eso era mejor quedarse callado y esperar que no se encontrara de mal humor.

—Norman, ¿sabes qué hora es?

Él suspiró y cerró el libro. Ahora ya podía saber que iba a ponérselo difícil; solo la respuesta ya suponía un desafío. Madre tenía que pasar por delante del reloj de pie que había en el vestíbulo para llegar allí y fácilmente había podido ver qué hora era.

Pero no merecía la pena discutir por eso. Norman miró su reloj de muñeca y sonrió.

—Algo más de las cinco —dijo—. La verdad es que no me he dado cuenta de que era tan tarde. He estado leyendo...

—¿Es que crees que no tengo ojos? Puedo ver lo que has estado haciendo. —En ese momento estaba junto a la ventana, mirando la lluvia—. Y también puedo ver lo que no has estado haciendo. ¿Por qué no has encendido el letrero cuando ha oscurecido? ¿Y por qué no estás en la oficina, que es donde tienes que estar?

—Bueno, ha empezado a llover tanto que he pensado que no habría tráfico con este tiempo.

—¡Tonterías! Precisamente ese es el momento en el que tienes posibilidad de hacer negocio. Hay mucha gente a la que no le importa conducir cuando está lloviendo.

—Pero no es probable que alguien venga por aquí. Todo el mundo toma la nueva carretera. —Norman oyó la amargura en su propia voz, sintió cómo iba llenado su garganta hasta que pudo saborearla e intentó contenerla. Pero ya era demasiado tarde; tenía que vomitarla.

—Ya te dije en su momento cómo sería, cuando nos dieron el chivatazo de que iban a mover la autopista. Podríamos haber vendido el motel entonces, antes de que se produjera el anuncio oficial sobre la nueva carretera que iba a atravesar la zona. Podríamos haber comprado cualquier tierra por allí por una miseria, y además más cerca de Fairvale. Habríamos tenido un motel nuevo, una casa nueva y habríamos ganado algo de dinero. Pero no me escuchaste. Nunca me escuchas, ¿verdad? Siempre se hace lo que quieres y lo que piensas. ¡Me pones enfermo!

—¿Ah sí, muchacho? —La voz de madre era amable, pero a Norman no lo engañaba. No cuando lo llamaba «muchacho»; con cuarenta años le seguía llamando «mu-

chacho», y además, así era como lo trataba, eso era lo peor de todo. ¡Ojalá no tuviera que escucharla! Pero lo hacía porque sabía que tenía que hacerlo, siempre tenía que escucharla.

—¿Ah, sí, muchacho? —repitió con un tono de voz todavía más suave—. Con que te pongo enfermo, ¿eh? Bueno, pues yo creo que no. No, muchacho, yo no te pongo enfermo. Tú te pones enfermo a ti mismo.

»Esa es la verdadera razón por la que aún sigues sentado en este lado de la carretera, ¿verdad, Norman? Porque lo cierto es que no tienes agallas. Nunca las has tenido, ¿verdad, muchacho?

»Nunca has tenido las agallas de irte de casa. Nunca has tenido las agallas de salir y encontrar un trabajo, o de unirse al ejército, ni siquiera de encontrar una novia...

—¡Tú no me dejarías!

—Es verdad, Norman. No te dejaría. Pero si fueras lo suficientemente hombre, habrías salido a encontrar tu camino.

Quería gritarle que estaba equivocada, pero no pudo. Porque las cosas que le estaba diciendo eran las cosas que él se había dicho a sí mismo una y otra vez a lo largo de los años. Era verdad. Siempre le había dado órdenes, pero eso no significaba que él siempre tuviera que obedecer. En ocasiones las madres son extremadamente posesivas, pero no todos los hijos permiten que los posean. Había habido otras viudas, otros hijos únicos, y no todos ellos se habían visto enredados en esa clase de relación. Era tanto su culpa como la de ella. Porque no tenía agallas.

—Podrías haber insistido —le decía ella—. Podrías haber salido a buscarnos una nueva ubicación para luego vender esto, pero no. Lo único que hiciste fue lloriquear. Y sé por qué. Nunca me has engañado. Es porque no querías mudarte. Nunca has

querido marcharte de este lugar y ahora ya nunca lo harás, jamás. No puedes marcharte, ¿verdad? Ni puedes hacerlo ni puedes crecer.

No podía mirarla. No, cuando le decía esas cosas. No podía. Pero tampoco tenía otro sitio donde mirar. La lámpara bordada con cuentas, el viejo y pesado mobiliario sobrecargado, todos los objetos de la habitación de pronto le resultaron odiosos solo porque le eran demasiado familiares. Como el mobiliario de una celda. Miró por la ventana, pero eso tampoco le hizo bien: ahí fuera había viento, lluvia y oscuridad. Sabía que ahí fuera no tenía escapatoria. En ningún sitio podía escapar de la voz que vibraba, la voz que resonaba en sus oídos como la del cadáver inca del libro; el tambor de la muerte.

Se aferró al libro e intentó centrar la mirada en él. Tal vez si la ignoraba y fingía estar tranquilo...

Pero no funcionó.

—¡Mírate! —le decía (el tambor hacía *bum, bum, bum* y el sonido retumbaba desde la destrozada boca)—. Sé por qué no te has molestado en encender el letrero. Sé por qué ni siquiera te has levantado a abrir la oficina esta noche. No es verdad que se te haya olvidado. Lo que pasa es que no quieres que venga nadie, esperas que no venga nadie.

—Está bien —dijo él rezongando—. Lo admito. Odio regentar un motel. Siempre lo he odiado.

—Es más que eso, muchacho. —Ahí estaba otra vez, ¡muchacho, muchacho, muchacho! Resonando y saliendo de las fauces de la muerte—. Odias a la gente porque en realidad le tienes miedo, ¿verdad? Siempre le has tenido miedo, desde que eras un chiquillo. Es mejor quedarse ahí en una silla, leyendo bajo la lámpara. Lo hacías hace treinta años y lo sigues haciendo. Te escondes bajo el cobijo de un libro.

—Podría estar haciendo muchas otras cosas peores. Siempre me has dicho eso. Por lo menos nunca he salido ni me he metido en problemas. ¿No es mejor que cultive mi mente?

—¿Cultivar tu mente? ¡Ja! —Ahora podía sentirla de pie detrás de él, mirándolo—. ¿A eso le llamas cultivar? A mí no me engañas, muchacho, ni por un minuto. Nunca lo has hecho. Ni que estuvieras leyendo la Biblia o intentando educarte. Sé la clase de cosas que lees. Basura. ¡Peor que basura!

—Pues resulta que esto es la historia de la civilización Inca...

—Seguro que sí. Y apuesto a que está lleno de cosas desagradables de esos sucios salvajes, como ese que tenías sobre los mares del sur. Oh, ¿acaso crees que no sabía que lo tenías? Escondido en tu habitación, como escondías todos los demás, todas esas cosas repugnantes que solías leer...

—¡La psicología no es repugnante, madre!

—¡Psicología, dice! ¡Mucho sabes tú de psicología! Nunca olvidaré la vez que me hablaste de ese modo tan desagradable, jamás. ¡Pensar que un hijo pueda decirle semejantes cosas a su propia madre!

—Pero yo solo intentaba explicarte algo. Es lo que llaman el «complejo de Edipo» y pensé que si los dos podíamos ver el problema de un modo razonable e intentábamos comprenderlo, tal vez las cosas cambiarían a mejor.

—¿Cambiar, muchacho? Nada va a cambiar. Puedes leer todos los libros del mundo y seguirás siendo el mismo. No necesito escuchar un montón de historias repugnantes y obscenas para saber lo que eres. ¡Por favor! Si hasta un niño de ocho años podría reconocerlo. Todos los sabían, todos tus amiguitos de cuando eras pequeño. Eres un niño de mamá. Así te llamaban y eso es lo que eres. Lo eras, lo eres y siempre lo serás. ¡Un niño de mamá grande y gordo!

Estaba dejándolo sordo, el redoble de sus palabras, el redoble en su propio pecho. La sensación tan repugnante que

tenía en la boca lo atragantó. En un momento tendría que gritar. Norman sacudió la cabeza. ¡Cómo era posible que todavía pudiera seguir haciéndole eso! Pero podía. Lo había hecho y seguiría haciéndolo una y otra vez a menos que...

—¿A menos que qué?

¡Dios! ¿Podía leerle la mente?

—Sé lo que estás pensando, Norman. Lo sé todo sobre ti, muchacho. Más de lo que sueñas, aunque eso también lo sé... sé lo que sueñas. Estás pensando que te gustaría matarme, ¿verdad, Norman? Pero no puedes. Porque no tienes agallas. Yo soy la única que tiene fuerza. Siempre la he tenido. La suficiente para los dos. Por eso nunca te librarás de mí, incluso aunque de verdad quisieras hacerlo.

»Aunque, claro está, en el fondo no quieres. Me necesitas, muchacho. Ésa es la verdad, ¿no?

Norman se levantó, despacio. No se atrevió a confiar en que pudiera darse la vuelta y enfrentarse a ella, aún no. Primero tenía que obligarse a calmarse. A estar muy, muy calmado. A no pensar en lo que ella estaba diciendo. A intentar aceptarlo, a intentar no olvidarlo. *Es una mujer mayor y no tiene la cabeza demasiado bien. Si sigues escuchándola así, tú también acabarás mal de la cabeza. Dile que vuelva a su dormitorio y que se eche un rato. Ahí es donde tiene que estar.*

Y más le vale irse corriendo, porque si no lo hace, esta vez vas a estrangularla con su cadena de plata...

Estaba girándose, moviendo la boca, dándole forma a las frases, cuando el timbre sonó.

Era la señal que indicaba que alguien había llegado con el coche hasta el motel y que llamaba para que lo atendieran.

Sin ni siquiera molestarse en mirar atrás, Norman fue al vestíbulo, cogió el impermeable de la percha y salió a la oscuridad.

Había estado lloviendo sin cesar durante varios minutos antes de que Mary se diera cuenta y conectara el limpiaparabrisas. Al mismo tiempo puso las luces; había oscurecido de pronto y la carretera que tenía delante no era más que una imagen borrosa entre los altísimos árboles.

¿Árboles? No podía recordar que hubiera árboles por allí la última vez que había recorrido ese camino. Aunque claro, eso había sido el verano anterior y había entrado en Fairvale a plena luz del día, despejada y descansada. Ahora, después de dieciocho horas conduciendo sin parar, estaba agotada, pero aun así podía recordar y sentir que algo iba mal.

Recordar; esa era la palabra clave. Ahora podía recordar, vagamente, cómo había dudado media hora antes, cuando había llegado a la bifurcación en la carretera. Eso era; había tomado la salida equivocada. Y ahora allí estaba, Dios sabía dónde, con esa lluvia cayendo y tanta oscuridad...

Contrólate. No puedes permitirte ponerte nerviosa. Ya ha pasado lo peor.

Era verdad, se dijo. Lo peor ya había pasado. La peor parte había sido el día anterior por la tarde, cuando había robado el dinero.

Estaba en el despacho del señor Lowery cuando el viejo Tommy Cassidy había sacado ese gran fajo verde de billetes

y lo había puesto sobre el escritorio. Treinta y seis billetes de la Reserva Federal con la imagen del hombre gordo que parecía un vendedor al por mayor y otros ocho con la cara del hombre que parecía un sepulturero. Pero el vendedor al por mayor era Grover Cleveland y el sepulturero era William McKinley. Y treinta y seis mil y ocho de quinientos ascendían a cuarenta mil dólares.

Tommy Cassidy los había puesto sobre la mesa como si nada, abriéndolos en abanico con total normalidad mientras anunciaba que estaba cerrando el trato y que le iba a comprar una casa a su hija como regalo de boda.

El señor Lowery fingió y mostró la misma naturalidad mientras se dedicaba a firmar los últimos papeles. Pero después de que el viejo Tommy Cassidy se marchara, el señor Lowery se puso un poco nervioso. Recogió el dinero, lo metió en un sobre de papel manila del número diez y cerró la solapa. Mary se fijó en cómo le temblaban las manos.

—Tome —le dijo, dándole el dinero—. Llévelo al banco. Son casi las cuatro, pero estoy seguro de que Gilbert le dejará hacer un ingreso. —Se detuvo y se la quedó mirando—. ¿Qué sucede, señorita Crane? ¿No se encuentra bien?

Tal vez se había fijado en cómo le temblaban las manos, ahora que estaba sujetando el sobre, pero no importaba. Ella sabía lo que iba a decir, aunque se quedó sorprendida cuando se escuchó diciéndolo.

—Creo que tengo una de mis jaquecas, señor Lowery. De hecho, iba a preguntarle si le parecía bien que me tomara el resto de la tarde libre. Ya nos hemos puesto al día con el correo y no podemos presentar el resto de documentos para este acuerdo hasta el lunes.

El señor Lowery le sonrió. Estaba de buen humor y, ¿por qué no iba a estarlo? El cinco por ciento de cuarenta mil eran dos mil dólares. Podía permitirse ser generoso.

—Desde luego, señorita Crane. Vaya a hacer este ingreso y luego puede irse directamente a casa. ¿Quiere que la lleve?

—No, no pasa nada, puedo apañármelas sola. Un poco de descanso...

—Eso es justo lo que necesita. Hasta el lunes, entonces. Relájese, eso es lo que siempre digo.

¡Y un cuerno era eso lo que siempre decía! Lowery se mataría por ganar un dólar extra y estaría perfectamente dispuesto a matar a cualquiera de sus empleados por cincuenta centavos más.

Pero Mary Crane le había sonreído muy dulcemente y después había salido de su despacho y de su vida. Llevándose con ella sus cuarenta mil dólares.

Una no tiene esa clase de oportunidades todos los días. Es más, lo cierto es que hay gente que no tiene ni una sola oportunidad.

Mary Crane llevaba esperando la suya unos veintisiete años.

La oportunidad de ir a la universidad se había desvanecido a los diecisiete, cuando a su padre lo atropelló un coche. Mary estudió secretariado durante un año y después se puso a trabajar para mantener a su madre y a su hermana pequeña.

La oportunidad de casarse desapareció a los veintidós, cuando Dale Belter fue reclamado para servir en el ejército. Enseguida lo destinaron a Hawái y en poco tiempo comenzó a mencionar a una chica en sus cartas hasta que las cartas dejaron de llegar. Cuando al final se enteró de que iban a casarse, a Mary ya no le importó.

Además, su madre ya estaba muy enferma por entonces. Tardó tres años en morir, mientras que Lila estaba fuera, en la universidad. Mary había insistido en que fuera a la facultad, pasara lo que pasara, pero eso la dejó a ella cargando con toda la responsabilidad. Entre mantener un trabajo en la

Agencia Lowery todo el día y estar con su madre la mitad de la noche, no tenía tiempo para nada más.

Ni siquiera tenía tiempo para percatarse del paso del tiempo. Pero entonces su madre tuvo un último ataque y luego vinieron el ajeteo del funeral y el regreso de Lila de la universidad para buscar un trabajo. Y de pronto, allí estaba Mary Crane, mirándose en un gran espejo y viendo cómo esa cara demacrada y contraída la miraba a ella. Había arrojado algo contra el espejo y cuando el espejo se rompió en mil pedazos, supo que no había sido el único; porque ella también estaba rompiéndose en mil pedazos.

Lila se había portado con ella maravillosamente e incluso el señor Lowery la había ayudado al asegurarse de que la casa se vendiera enseguida. Para cuando se desprendieron de la propiedad, les quedaron unos dos mil dólares en metálico. Lila consiguió un empleo en una tienda de discos del centro y se mudaron a un pequeño apartamento.

—Ahora vas a tomarte unas vacaciones—le dijo Lila—. Unas vacaciones de verdad. No, ¡no me lo discutas! Llevas ocho años sacando a esta familia adelante y ya es hora de que te tomes un descanso. Quiero que hagas un viaje. Un crucero, tal vez.

Y así, Mary se subió a bordo del *S.S. Caledonia* y tras una semana, aproximadamente, en aguas caribeñas la cara demacrada y contraída había desaparecido del espejo de su camarote. Parecía una jovencita otra vez («Bueno, está claro que aparento menos de veintidós», se dijo) y lo más importante de todo, una jovencita enamorada.

No fue ese sentimiento salvaje y apremiante que había experimentado cuando conoció a Dale Belter. Ni siquiera fue el estereotipo de una noche junto al mar bajo la luz de la luna tan generalmente asociado a un crucero tropical.

Sam Loomis era diez años mayor que Dale Belter y un hombre muy tranquilo, pero lo amaba. Parecía que por fin iba

a tener su primera oportunidad real, hasta que Sam le explicó unas cuantas cosas.

—Se podría decir que no fue idea mía hacer este viaje —le dijo él—. Tengo una ferretería...

Y entonces le contó la historia.

Había una ferretería en un pequeño pueblo llamado Fairvale, más al norte. Sam había trabajado allí para su padre después de haber acordado que heredaría el negocio. Ahora hacía un año que su padre había muerto y los contables le habían dado malas noticias.

Sam heredó el negocio, bien, pero también unos veinte mil dólares en forma de deudas. El local estaba hipotecado, el material estaba hipotecado e incluso el seguro había sido hipotecado. El padre de Sam nunca le había hablado de sus pequeñas inversiones paralelas en el mercado... o en las carreras. Pero allí estaban. Solo había dos opciones: declararse en bancarrota o intentar pagar las deudas.

Sam Loomis optó por lo segundo.

—Es un buen negocio —le explicó—. Nunca haré una fortuna, pero con una gestión decente, se pueden ganar unos ocho o diez mil al año. Y si puedo comercializar una buena línea de maquinaria para granjas, entonces quizá más. Ya he pagado unos cuatro mil. Imagino que en unos pocos años más, habré liquidado la deuda.

—Pero no lo entiendo... si estás endeudado, ¿cómo puedes permitirte un viaje como este?

Sam le sonrió abiertamente.

—Lo he ganado en un concurso. Así es, un concurso de ventas patrocinado por uno de esos equipos de maquinaria para granjas. En absoluto pretendía ganar un viaje, tan solo buscaba una forma rápida de pagar a los acreedores, pero me notificaron que había ganado el primer premio en mi región.

»Intenté llegar a un acuerdo para que me lo cambiaran por dinero, pero no lo aceptaron. O viaje o nada. Y bueno, este es un mes flojo para vender y tengo un dependiente honrado trabajando para mí, así que pensé que podía tomarme unas vacaciones gratis. Y aquí estoy. Y aquí estás. —Sonrió y suspiró—. Ojalá fuera nuestra luna de miel.

—Sam, ¿por qué no podría serlo? Quiero decir...

Pero él volvió a suspirar y sacudió la cabeza.

—Tendremos que esperar. Pueden pasar dos o tres años antes de que todo esté pagado.

—¡Yo no quiero esperar! No me importa el dinero. Podría dejar mi trabajo, trabajar en tu tienda...

—¿Y dormir en ella también, como hago yo? —Esbozó como pudo otra sonrisa, pero no fue más alegre que el suspiro—. Sí. He improvisado una pequeña casa en la tras-tienda y la mayor parte del tiempo me mantengo a base de judías en salsa de tomate. Mis amigos dicen que soy más tacaño que el banquero del pueblo.

—¿Y qué sentido tiene? —preguntó Mary—. Quiero decir, si vivieras mejor, solo tardarías aproximadamente un año más en pagar lo que debes. Y mientras tanto...

—Mientras tanto, tengo que vivir en Fairvale. Es un pueblo agradable, pero pequeño. Todos lo saben todo de los demás. Mientras esté al pie del cañón, tengo su respeto. Se desviven por comerciar conmigo; todos saben la situación en la que me encuentro y valoran que esté esforzándome tanto. Mi padre tenía una buena reputación, a pesar de cómo salieron las cosas. Quiero mantener eso, por mí y por el negocio. Y por nosotros, en el futuro. Ahora es más importante que nunca, ¿no crees?

—¿El futuro? —Mary suspiró—. ¿Dos o tres años, has dicho?

—Lo siento, pero cuando nos casemos quiero tener una casa decente, cosas bonitas. Y eso cuesta dinero. Por lo menos

necesitas tener fondos. Estoy alargando los pagos a los proveedores todo lo que puedo; colaborarán siempre que sepan que todo lo que hago es para pagarles lo que les debo. No es fácil y tampoco es agradable, pero sé lo que quiero y no puedo conformarme con menos. De modo que tendrás que ser paciente, cariño.

Y fue paciente. Pero no hasta que supo que no le haría cambiar de opinión con más persuasiones, ni verbales ni físicas.

De modo que así quedó la situación cuando terminó el crucero. Y así había seguido durante un año más. Mary había ido a visitarlo el verano anterior; vio el pueblo, la tienda y las nuevas cifras en el libro de contabilidad que mostraban que Sam había pagado cinco mil dólares más.

—Solo quedan once mil —le dijo orgulloso—. Dos años más, quizá incluso menos.

Dos años. En dos años, tendría veintinueve. No podía permitirse marcarse un farol, armar una escena y dejarlo plantado como si fuera una jovencita o una veinteañera. Sabía que no habría muchos más Sam Loomis en su vida. Por eso sonrió, asintió y volvió a casa, a la Agencia Lowery.

Volvió a la Agencia Lowery y vio al viejo Lowery llevarse su constante cinco por ciento en cada venta que hacía. Lo vio comprar hipotecas inestables y ejecutarlas, lo vio hacer rápidas, astutas y despiadadas ofertas de dinero en efectivo a vendedores desesperados y después obtener un gran beneficio con rápidas y sencillas reventas. La gente siempre compraba, siempre vendía. Lo único que hacía Lowery era quedarse en el medio, extrayendo un porcentaje de ambas partes únicamente por conectar al comprador con el vendedor. No realizaba ningún otro servicio real para justificar su existencia. Y aun así, era rico. No tardaría más de dos años en librarse de una hipoteca de once mil dólares. A veces podía ganar todo eso en dos meses.

Mary lo odiaba y odiaba a muchos de los compradores y vendedores con los que hacía negocio porque ellos también eran ricos. Ese tal Tommy Cassidy era uno de los peores; un hombre muy astuto, cargado de dinero obtenido mediante contratos petrolíferos. No tenía que mover un solo dedo, pero siempre estaba metido en el negocio inmobiliario, olfateando el aroma del miedo o el deseo de alguien, ofreciendo poco dinero y vendiendo por mucho, alerta a cualquier posibilidad de sacar un dólar extra en alquileres o en ingresos.

Como si tal cosa, ponía sobre la mesa cuarenta mil dólares en metálico para comprarle a su hija una casa como regalo de boda.

Y así, como si tal cosa, una tarde seis meses antes, puso sobre la mesa de Mary Crane un billete de cien dólares proponiéndole que hiciera un «pequeño viajecito» con él a Dallas para pasar el fin de semana.

Lo había hecho tan deprisa y con una sonrisita tan insulsa, que ella no tuvo tiempo de enfadarse. Y entonces llegó el señor Lowery y el asunto terminó ahí. Nunca había reprendido a Cassidy, ni en público ni en privado, y él nunca repitió la oferta. Pero ella no lo olvidó. No pudo olvidar esos labios húmedos esbozando una sonrisa sobre su vieja y gorda cara.

Y nunca olvidó que ese mundo pertenecía a los Tommys Cassidys. Ellos poseían la propiedad y ellos fijaban los precios. Cuarenta mil para una hija como regalo de boda; cien dólares tirados sin miramientos sobre un escritorio a cambio del alquiler del cuerpo de Mary Crane durante tres días.

«Así que cogí los cuarenta mil dólares...»

Eso decía el viejo chiste, pero aquello no había sido un chiste. Ella sí que cogió el dinero e inconscientemente debía de haber soñado con una oportunidad así durante mucho, mucho tiempo porque ahora todo parecía encajar, como si formara parte de un plan preconcebido.

Era viernes por la tarde; los bancos estarían cerrados al día siguiente y eso significaba que Lowery no iría a comprobar el encargo que le había hecho a Mary hasta el lunes, cuando ella no apareciera por la oficina.

Y por si eso fuera poco, Lila se había marchado a Dallas a primera hora de la mañana; ahora se encargaba de las compras para la tienda de discos y tampoco volvería hasta el lunes.

Mary condujo directamente hasta su apartamento e hizo el equipaje; aunque no se lo llevó todo, solo metió su mejor ropa en la maleta y en la pequeña bolsa de viaje. Lila y ella tenían trescientos sesenta dólares escondidos en un tarro de crema limpiadora vacío, pero no lo tocó. Lila lo necesitaría cuando tuviera que afrontar los gastos del alquiler del apartamento ella sola. Mary quería haberle escrito una nota a su hermana, pero no se atrevió. Sería duro para Lila en los días venideros y además, no había solución. Tal vez más tarde se podría hacer algo.

Mary salió del apartamento sobre las siete; una hora más tarde se detuvo en las afueras de una zona residencial y cenó, después entró en un local con un letrero que decía «Coche usados en buen estado» y cambió su sedán por un cupé. Perdió dinero con la transacción y perdió todavía más a la mañana siguiente, cuando repitió la misma operación en un pueblo a seiscientos kilómetros al norte. Alrededor del mediodía, cuando volvió a hacer un intercambio, se vio en posesión de treinta dólares en metálico y un viejo cacharro con el guardabarros delantero izquierdo abollado, pero no estaba disgustada por ello. Lo importante era hacer unos cuantos cambios rápidos, cubrir su rastro, y terminar con una chatarra que la llevara no más lejos de Fairvale. Una vez allí, podría conducir más al norte, tal vez hasta Springfield, y vender el último coche bajo su nombre; ¿cómo podrían las autoridades seguir la pista hasta dar con el paradero de una tal

señora de Sam Loomis, que vivía en un pueblo a cientos de kilómetros de allí?

Porque pretendía convertirse en la señora de Sam Loomis, y muy pronto. Le contaría a Sam una historia sobre una herencia; no de cuarenta mil dólares, eso sería una suma demasiado grande, y podría requerir demasiadas explicaciones, pero tal vez le diría que eran quince mil. Y le diría que Lila había recibido la misma cantidad, que había dejado su trabajo y que se había marchado a Europa. Eso explicaría por qué no tendría sentido invitarla a la boda.

Tal vez Sam se mostrase reacio a aceptar el dinero, y sin duda habría muchas preguntas incómodas a las que responder, pero lo engatusaría. Tendría que hacerlo. Se casarían de inmediato; eso era lo importante. Y entonces llevaría su nombre, la señora de Sam Loomis, esposa del propietario de una ferretería en un pueblo a mil trescientos kilómetros de la Agencia Lowery.

La Agencia Lowery ni siquiera sabía de la existencia de Sam. Por supuesto, acudirían a Lila y probablemente ella lo relacionaría todo, pero no diría nada... no hasta no haber contactado primero con Mary.

Cuando llegara ese momento, Mary tendría que estar preparada para tratar con su hermana, para mantenerla callada frente a Sam y las autoridades. No debería ser muy difícil; Lila le debía mucho por todos los años que Mary había trabajado para enviarla a la universidad. Tal vez incluso podría darle parte de los veinticinco mil dólares restantes. Quizá no los aceptase, pero habría alguna solución. Mary no había hecho planes a tan largo plazo, pero cuando llegara el momento, tendría una respuesta preparada.

Ahora mismo tenía que ir paso a paso y lo primero era llegar a Fairvale. En el mapa la distancia era de apenas de diez centímetros. Diez centímetros insignificantes de líneas rojas

que se extendían de un punto a otro. Pero le había llevado dieciocho horas llegar hasta ahí; dieciocho horas de un traqueteo interminable, dieciocho horas mirando por el parabrisas contra luces de focos y el reflejo del sol; dieciocho horas retorciéndose por los calambres, luchando contra la carretera y el volante y el ataque intenso y entorpecedor de su propio cansancio.

Ahora se había pasado su salida y estaba lloviendo; la noche había caído y estaba perdida en una carretera extraña.

Miró por el espejo retrovisor y vio un tenue reflejo de su rostro. El cabello oscuro y esos rasgos tan comunes aún le eran familiares, pero la sonrisa había desaparecido y sus carnosos labios estaban apretados formando una tirante línea. ¿Dónde había visto antes ese semblante demacrado y contraído?

En el espejo, después de que mamá muriera, cuando te derrumbaste...

Y ella que se había visto tan calmada, tan fría y tan serena desde el primer momento. No había tenido conciencia de miedo, arrepentimiento o culpa. Pero el espejo no mentía. Ahora le decía la verdad.

Sin palabras le decía que se detuviera. *No puedes caer en los brazos de Sam con este aspecto, no puedes presentarte durante la noche con la cara y la ropa evidenciando una huida precipitada. Claro, seguro que le contarás la historia de que querías sorprenderlo con la buena noticia, pero tendrás que dar la impresión de que estás tan contenta que no podías esperar.*

Lo mejor era pasar la noche en alguna parte, dormir bien y llegar a Fairvale a la mañana siguiente, despejada y descansada.

Si daba la vuelta y volvía al punto donde había tomado la salida equivocada, se vería de nuevo en la carretera principal y después podría encontrar un motel.

Mary dio una cabezada, resistiendo el impulso de cerrar los ojos, se puso derecha bruscamente y observó el lateral de la carretera a través de una imagen borrosa de oscuridad barrida por el viento y la lluvia.

Fue entonces cuando vio el letrero, junto al camino que conducía al pequeño edificio situado a ese lado de la carretera.

«Motel. Habitaciones libres.» El letrero estaba apagado, pero tal vez habían olvidado encenderlo, al igual que ella había olvidado poner las luces cuando la noche había caído de pronto.

Siguió el camino de entrada y se fijó en que el motel estaba oscuro por completo, incluyendo el cubículo con el frente de cristal situado en un extremo y que sin duda servía como oficina. Tal vez estaba cerrado. Aminoró la marcha y miró, después sintió las ruedas rodar sobre uno de esos sensores de aviso. Ahora podía ver la casa sobre la colina detrás del motel; se veía luz por las ventanas de la fachada principal y probablemente el propietario estaba allí arriba. Bajaría en un momento.

Apagó el motor y esperó. De repente pudo oír el lúgubre golpeteo de la lluvia y sentir el suspiro del viento por detrás. Recordaba ese sonido porque había llovido así el día en que enterraron a su madre, el día en que la metieron en ese pequeño rectángulo de oscuridad. Y ahora la oscuridad estaba allí, alzándose alrededor de Mary. Estaba sola en la oscuridad. El dinero no la ayudaría y Sam no la ayudaría, porque había tomado la salida equivocada y estaba en una carretera extraña. Pero no quedaba otro remedio; ella había decidido labrarse su propia muerte y ahora tenía que afrontarlo.

¿Por qué pensaba eso? No era «muerte», era «suerte».

Aún intentaba entenderlo cuando la gran sombra negra surgió de entre las demás sombras y abrió la puerta del coche.

—¿Busca una habitación?

Mary se decidió muy rápidamente, en cuanto vio esa cara gorda con gafas y oyó la suave y vacilante voz. No habría ningún problema.

Asintió y bajó del coche, sintiendo dolor en los gemelos mientras lo seguía hasta la puerta de la oficina. Él la abrió, entró en el cubículo y encendió la luz.

—Siento no haber bajado antes. Estaba arriba, en la casa... Madre no se encuentra muy bien.

La oficina no tenía nada característico, pero era cálida, estaba seca y tenía mucha luz. Mary tembló agradecida y sonrió al hombre gordo. Él se inclinó sobre el libro de cuentas que había encima del mostrador.

—Nuestras habitaciones son siete dólares, las sencillas. ¿Le gustaría echar un vistazo primero?

—No será necesario. —Abrió el monedero rápidamente, sacó un billete de cinco dólares y dos de uno y los puso sobre el mostrador mientras él le acercaba el registro de clientes y le ofrecía un bolígrafo.

Durante un momento, ella vaciló y después escribió un nombre, «Jane Wilson» y una dirección, «San Antonio, Texas». No podía hacer nada con la matrícula de Texas del coche.

—Iré a por sus maletas —dijo él y salió de detrás del mostrador. Ella lo siguió afuera. El dinero estaba en la guantera, todavía en el mismo sobre grande sellado con la gran banda de goma. Tal vez lo mejor fuera dejarlo allí; cerraría la puerta y nadie lo tocaría.

Él llevó las bolsas hasta la puerta de la habitación situada junto a la oficina. Era la que estaba más cerca y a ella no le importó; lo principal era refugiarse de la lluvia.

—Hace un tiempo muy desagradable —dijo él, de pie a un lado mientras ella entraba—. ¿Ha estado conduciendo mucho tiempo?

—Todo el día.

El hombre apretó un interruptor y la lámpara de la mesilla se encendió y emitió pétalos amarillos de luz. La habitación estaba amueblada de un modo muy sencillo, pero era suficiente. Se fijó en la ducha dentro del cuarto de baño que había al fondo. La verdad era que habría preferido una bañera, pero le serviría.

—¿Está todo bien?

Ella asintió rápidamente y entonces recordó algo.

—¿Hay algún sitio por aquí donde pueda comer algo?

—Bueno, veamos... Solía haber un puesto de cerveza y hamburguesas en la carretera, a unos cinco kilómetros, pero supongo que ahora que han construido la nueva autopista lo habrán cerrado. No, lo mejor sería ir a Fairvale.

—¿A cuánto está de aquí?

—A unos veintisiete o veintiocho kilómetros. Siga por aquí hasta que llegue a una carretera local, después gire a la derecha e incorpórese de nuevo a la carretera principal. A partir de ahí está a dieciséis kilómetros todo recto. Me sorprende que no haya pasado por allí si se dirige al norte.

—Me he perdido.

El hombre gordo asintió y suspiró.

—Eso pensaba. Ya no tenemos mucho tráfico por aquí desde que se abrió esa nueva carretera.

Ella sonrió distraídamente. Él se quedó en la puerta, apretando los labios. Cuando ella le miró a la cara, él bajó la mirada y se aclaró la voz a modo de disculpa.

—Eh... señorita... estaba pensando... tal vez no le apetezca conducir hasta Fairvale y regresar con esta lluvia. Quiero decir, iba a prepararme un pequeño tentempié en casa. Sería bienvenida si quisiera acompañarme.

—Oh, no podría.

—¿Por qué no? No hay ningún problema. Madre ha vuelto a meterse en la cama y ella no va a cocinar; tan solo iba a preparar algo frío y a hacer un poco de café, si le parece bien.

—Bueno...

—Mire, iré a prepararlo todo.

—Muchas gracias, señor...

—Bates. Norman Bates. —Se apoyó contra la puerta, dándose en el hombro—. Mire, le dejaré la linterna para cuando suba. Puede que primero quiera quitarse esa ropa mojada.

Se giró, pero no antes de que ella pudiera ver su rostro enrojecido. Vaya, ¡de verdad estaba avergonzado!

Por primera vez en casi veinte horas, en la cara de Mary Crane apareció una sonrisa. Esperó hasta que la puerta se cerró tras él y después se quitó la chaqueta. Abrió su bolsa de viaje encima de la cama y sacó un vestido estampado. Lo colgó, esperando que desaparecieran algunas de las arrugas mientras utilizaba el cuarto de baño. Simplemente se refrescaría, pero se prometió que cuando volviera se daría una buena ducha caliente. Eso era lo que necesitaba; eso y dormir. Pero primero un poco de comida. Y ahora, a ver... el maquillaje estaba en el bolso y podía ponerse el abrigo azul que llevaba en la maleta grande.

Quince minutos más tarde estaba llamando a la puerta de la gran casa de madera sobre la colina.

Una única lámpara se veía brillar a través de la ventana del salón, pero un reflejo más brillante resplandecía desde lo alto de las escaleras. Si su madre estaba enferma, estaría allí.

Mary se quedó junto a la puerta, esperando una respuesta, pero no ocurrió nada. Tal vez él también estuviese arriba. Volvió a llamar.

Mientras, miró por la ventana del salón. A primera vista no pudo creer lo que vio; no había imaginado que un lugar así aún existiera hoy en día.

Normalmente, incluso cuando una casa es vieja, hay algunos signos de alteración y mejora en el interior. Pero el salón al que estaba mirando nunca se había modernizado; el papel floral de la pared, la carpintería de caoba oscura, gruesa y acabada en volutas, la moqueta carmesí, el mobiliario sobrecargado y la chimenea panelada estaban sacados directamente de finales del siglo XIX. Ni siquiera había un aparato de televisión que le aportara algo de incongruencia a la escena, pero sí que se fijó en un viejo gramófono a cuerda que había sobre una mesa auxiliar. Ahora podía detectar un bajo murmullo de voces y al principio pensó que podría provenir de la bocina con forma de campana del gramófono; pero entonces identificó el origen del sonido. Venía de arriba, de la habitación iluminada.

Mary volvió a llamar con el extremo de la linterna. En esa ocasión debió de hacerse notar porque el sonido cesó bruscamente y oyó el débil ruido de unas pisadas. Un momento después vio al señor Bates bajando por las escaleras. Fue a la puerta y la abrió, indicándole que pasara.

—Lo siento —le dijo—. Estaba metiendo a madre en la cama. A veces tiende a ponérmelo un poco difícil.

—Ha dicho que estaba enferma. No quisiera molestarla.

—Oh, no causará ninguna molestia. Probablemente dormirá como un bebé.—El señor Bates echó la vista atrás, hacia la escalera, y después bajó la voz—. Lo cierto es que no está enferma, no físicamente. Pero a veces tiene ataques...

Él asintió con la cabeza bruscamente y después sonrió.

—Traiga, déjeme coger su abrigo y colgarlo. Así. Ahora, si me acompaña...

Lo siguió por un pasillo que se extendía por debajo de las escaleras.

—Espero que no le importe que comamos en la cocina —murmuró—. Lo tenemos todo listo. Siéntese aquí mismo y le serviré café.

La cocina era una prolongación del salón; estaba cubierta por armarios acristalados que llegaban hasta el techo y que se agrupaban alrededor de una pila anticuada con una bomba de mano. La gran cocina de leña estaba situada en una esquina, pero desprendía un agradable calor, y la larga mesa de madera ofrecía un apetitoso despliegue de salchichas, queso y encurtidos caseros en platos de cristal esparcidos sobre el mantel de cuadros rojos y blancos. Mary no sonrió ante lo pintoresco de todo ello e incluso el previsible lema tejido a ganchillo que había sobre la pared parecía bastante apropiado.

«Que Dios bendiga nuestra casa.»

Que así fuera. Era mucho mejor que estar sola en una lúgubre cafetería de un pequeño pueblo.

El señor Bates la ayudó a servirse el plato.

—¡Adelante, no me espere! Debe de estar hambrienta.

Lo estaba y comió con ganas, con tanto ensimismamiento que apenas notó lo poco que estaba comiendo él. Cuando fue consciente de ello, se sintió algo avergonzada.

—¡Pero si no ha tocado nada! Apuesto a que ya había cenado antes.

—No, no había cenado. Es solo que no tengo mucha hambre. —Le rellenó la taza de café—. Me temo que madre me hace disgustarme a veces. —Volvió a bajar la voz y ese tono de disculpa resurgió—. Supongo que es culpa mía. No se me da demasiado bien cuidarla.

—¿Viven aquí los dos solos?

—Sí. Nunca ha habido nadie más. Nunca.

—Debe de ser muy duro para usted.

—No me quejo. No me malinterprete. —Se colocó las gafas—. Mi padre se marchó cuando yo era todavía un bebé y madre se ocupó de mí sola. Supongo que su familia tenía suficiente dinero para mantenernos hasta que crecí. Entonces hipotecó la casa, vendió la granja y construyó este motel. Lo regentábamos juntos y nos iba bien... hasta que la nueva carretera nos aisló.

»Aunque lo cierto es que empezó a enfermar mucho antes de eso. Y entonces me llegó a mí el turno de cuidar de ella. Pero a veces no es tan fácil.

—¿No tienen más parientes?

—Ninguno.

—¿Y usted nunca se ha casado?

Él se ruborizó y bajó la vista hacia el mantel de cuadros. Mary se mordió el labio.

—Lo siento. No era mi intención hacerle ninguna pregunta personal.

—No pasa nada. —Su voz era débil—. Yo... yo nunca me he casado. Madre era... algo extraña con respecto a esas cosas. Yo... yo nunca me he sentado a una mesa con una chica, como estoy haciendo ahora.

—Pero...

—Resulta raro, ¿verdad?, en estos tiempos. Lo sé. Pero tiene que ser así. Siempre me digo que estaría perdida sin mí, aunque... tal vez la auténtica verdad sea que yo estaría incluso más perdido sin ella.

Mary se terminó el café, buscó un paquete de cigarrillos en su bolso y se lo ofreció al señor Bates.

—No, gracias. No fumo.

—¿Le importa si lo hago yo?

—En absoluto. Adelante. —Vaciló antes de decir—: Me gustaría ofrecerle una copa, pero... bueno... madre no aprueba que haya licor en casa.

Mary se echó hacia atrás tragándose el humo. De pronto sintió ganas de hablar. Resultaba curioso lo que un poco de calor, un poco de descanso y un poco de comida podían hacer. Una hora antes había estado sola, se había sentido desdichada y terriblemente insegura de sí misma. Ahora todo había cambiado. Tal vez había sido escuchar al señor Bates lo que había cambiado su estado de ánimo de ese modo. En realidad él era el que estaba solo, el desdichado y el que podía sentir miedo. Comparándose con él, se sintió superior y tan llena de orgullo que podría reventar. Fue darse cuenta de eso lo que la animó a hablar.

—No se le permite fumar. No se le permite beber. No se le permite salir con chicas. ¿Qué hace aparte de regentar el motel y atender a su madre?

Al parecer, él no fue consciente del tono de voz que empleó Mary.

—Oh, la verdad es que tengo muchas cosas que hacer. Leo bastante y tengo otras aficiones. —Levantó la vista hacia una repisa de la pared y ella siguió su mirada. Una ardilla disecada los miraba.